

## LOS LIBROS

### CRITICA

MOTIVOS Y LETRAS DE ESPAÑA, por  
*Rufino Blanco Fombona.*

Rufino Blanco Fombona es un escritor que llama al pan, pan y Juan Bisonte a Juan Vicente Gómez. Viendo desenvolverse en toda su desnudez el espectáculo violento y explosivo que es su vida y su obra, más de un europeo amigo de las generalizaciones ha diagnosticado sobre los odios y pasiones tribales que a los americanos del sur parecen dividirnos.

Blanco Fombona es un americano blanco y culto. El mismo, en más de una ocasión, y en tono altisonante, ha sub-rayado el color de su cara que, según un escritor peruano, no es el color de su alma. De su cultura habla su vasta obra de publicista y editor que ha penetrado en todas las provincias de la república literaria. Reconocer esto, que es un hecho, no

significa que participemos de la exageración sudamericana de considerarlo candidato continental al Premio Nobel. Aspiración en la que no sólo participaron escritores que, en mala hora, pensaron que la honra del continente pudiera estar ligada a ese o a cualquier otro premio o recompensa sino gobernantes de la talla de don Augusto B. Leguía por quien Blanco Fombona no oculta su admiración.

En una entrevista que precede a su último libro (1) nos dirá:

Sí; lo prefiero a los demás. Porque Leguía es un hombre inteligente, un héroe civil y no un carnicero vulgar. La conclusión del pleito de fronteras con Chile es un servicio a la paz, a la civilización y a América. Acabo de leer algo precisamente sobre el Perú. Los progresos que ha hecho ese país bajo el presidente Leguía son asombrosos. Aunque yo no crea que el progreso pueda reemplazar a la

---

(1) *Motivos y Letras de España.* Renacimiento. Madrid, 1930.

libertad. Pero lo dicho: me quedo con don Augusto. (Pág. 15.)

Curioso y dúctil criterio: Blanco Fombona nos habla como lo haría cualquier gubernamentalista de cualquiera de nuestras tristes repúblicas de Hispano-América. Lo que él, siempre tan enhiesto y agresivo, llama en su lenguaje pintoresco y detonante «estómagos agradecidos a la dictadura».

Se adelanta Blanco Fombona a una posible objeción de cálculo frío o interesado:

No; el que diera su nombre para pedir en obsequio mío el premio Nobel de literatura no es lo que me mueve a decir esto. Lo digo porque lo creo justo. (Ibidem.)

Con lo que remacha la paradoja de esta admiración política incomprendible en un hombre de sus arresos y alardes. Porque si no ¿cómo justificar sus denuestos e imprecaciones, clásicos ya en el lenguaje de panfletarios y libelistas, al tirano de su patria? ¿No siente acaso Blanco Fombona el nacionalismo continental?

Aparte de que ese amor por un premio literario de resonancia universal no prestigia mucho la verdadera estimación del hombre, lo que llamaba Benavente «la propia estimación». Porque no son los premios los que enaltecen a los hombres sino los hombres los que enaltecen a los premios. Y si no ¿qué ha hecho el Premio Nobel sino desprestigiarse cuando, al amparo de influencias políticas o sociales, ha venido a caer,

como una lotería, en manos de una honorable mediocridad?

Son debilidades y claudicaciones de la vida literaria en que incurren hasta los caracteres que nos parecen más firmes y mejor dispuestos para afrontar la lucha. Porque está bien que el autor aspire al renombre. El hecho mismo de que firme sus escritos significa que desea irradiar de entre la masa anónima y grabar el sello de su personalidad en la mente y el corazón de sus contemporáneos. Si es más ambicioso, de la noble ambición, aspirará a hablar al futuro. Pero de allí a transformarse en el esclavo servil de su propia personalidad, a organizar agencias de endiosamiento recíproco o de auto-endiosamiento, hay la misma distancia que entre la honradez, que es virtud de interior, y su caricatura, la hipocresía, que se alimenta de apariencias.

Pero en medio de este concierto de contradicciones y cosas inexplicables hay a veces notas dignas de un asentimiento muy cordial y muy sincero. El hombre se nos aparece al desnudo y muestra su pecho combativo y combatiente mecido por la pasión como un océano en hervor tempestuoso. El hombre es atrevido, audaz, pendenciero pero sabe afrontar las consecuencias de su temperamento impulsivo y quijotesco. Siempre las multitudes, histéricas y femeninas, han adorado a estos hombres que las seducen con gesticulaciones tribuniñas y ademanes deportivos y atléticos. «Este es un hombre», dicen, y confunden la hombría con las manifestaciones primarias del matonismo incivil y troglodítico.

Pero a Blanco Fombona no ha de juzgársele en función de multitud sino como hombre de letras, como hombre de pensamiento. Lo que ya es decir como hombre de selección y aristocracia.

Nacido en una de nuestras democracias en formación le tocó a Blanco Fombona participar en uno de los episodios turbulentos de la vida política de su país. El mismo nos ha contado algo de esto en el *Diario de mi vida*. Siguiendo la trayectoria de su obra se puede hacer todo un diagnóstico de la violencia como elemento primordial en el escritor sudamericano. Acaso la literatura viene a ser el desahogo del fracaso en la vida, la defensa del débil contra la imposición de la fuerza. Porque este hombre, hasta cuando ama, insulta. No puede borrar de su corazón las horas negras pasadas a merced de oscuros sayones. En las primeras páginas de su *Diario* hay una dramática confesión de fracaso y de desesperanza en pleno otoño de la vida, cuando se ha anhelado ser César y se ha llegado a nada. No se pueden leer esas líneas sin sentirse recorrido de un temblor íntimo y cordial. En otros países el escritor se dedicaría a escribir y sentiría cumplida su misión. En los países de nuestra América, cuando tiene conciencia cívica, se siente traidor de sí mismo y de su patria si no colabora con sus ideas y sugerencias en la vida nacional. Fatalmente, tiene que chocar con la realidad ambiente y, como supremo argumento, se abren para él las puertas de la prisión o del destierro.

Hay mucho de esto en la vida de Blanco Fombona y ello no puede sino

acercarnos a su espíritu. Por eso es tajante y definitivo en sus opiniones.

Esos cazadores de novedades que ahorcan un mosquito con un rayo de luna no son poetas, son majaderos ociosos. Para curarlos, más fútbol, buenas caminatas y frecuentes fricciones de mujer. Eso basta. Pero no estaría de más algún deber imperioso: la necesidad de sostener una familia. (Pág. 170.)

He aquí un remedio radical para curar a la poesía de malabarismos ingeniosos que son puro bizantinismo y decadencia. Pero olvida Blanco Fombona, autor de un animado libro sobre el modernismo y modernista él mismo en su hora, que en tales exageraciones han incurrido todas las escuelas y todas las tendencias que han debido empezar su obra a bofetadas con la rutina y el lugar común. Sin aceptar lo que los jóvenes realizan se puede simpatizar con su gesto liberador. Lo demás parece revelar un comienzo de momificación y aptitud dogmática. Y Dios nos libre de ver convertidos en *dómines* a los escritores libres y hasta libérrimos. Sería la repetición del caso de los demagogos que, arribados al poder, se transforman en el azote de los mismos a quienes ellos estimularon en sus audacias y hasta en sus desmanes.

Mucho tiene Blanco Fombona de dictatorial y hasta de tiránico. Lo que no obsta para que, en páginas de recia y densa prosa, clame contra la dictadura de Primo de Rivera que sometía a una censura infamante los escritos de las más preclaras mentes

españolas. O para que, todo pasión y fuego continental, hierva contra los hechos de los yanquis en la América Española y tiemble por el futuro de nuestra tierra que en tiempo de Darío hablaba en español.

El escritor que no está de acuerdo con él o que no admira incondicionalmente sus talentos literarios ha de ser por la fuerza imbécil, degenerado, cretino, mulato, plagiaro o cornudo. Hasta cuando quiere elogiar dice una palabra áspera y estridente para la figura que debe enaltecer. Así, en el muy justiciero estudio que dedica a don Enrique Díez Canedo dirá, después de comparar al poeta con Valencia, con D'Annunzio y con Carducci:

Ya estoy oyendo las carcajadas y las voces de la crítica de corrillo:

Este hombre absurdo comparaba al desgraciado Díez-Canedo con Valencia, con D'Annunzio, con Carducci.

Ni Díez-Canedo merece adjetivos que no sean de respeto ni yo lo comparo con nadie. Digo y repito que la *Oda a la Cibeles*, momento muy feliz de su inspiración y de su técnica, soporta el parangón con obras similares de culminantes poetas. (Pág. 166.)

Es un elogio, pero un triste elogio con sus reticencias y sus alusiones irrespetuosas puestas en boca ajena.

Más adelante nos ha de sorprender con un chiste de pésimo gusto para un capítulo que pretende pasar como la crítica de un poeta y que, desde el título, lleva envuelto el carácter de una reparación generosa y espontánea.

Dice de la poesía de Díez Canedo:  
Atenea.—8

El sentimiento, hemos convenido, no se transparenta en sus versos. Sin embargo, allí está: se adivina por detalles, como se adivina la seducción del rostro de una mujer bajo inexpresivo antifaz.

Así en *La vida clara*, que no debemos confundir con la vida cara. (Ibidem.)

Es una manera bien original de entender la lealtad con la obra poética de un compañero cuyo elogio se está haciendo.

Pero no sigamos sorprendiéndonos. De iguales y mayores incoherencias está llena la obra de Blanco Fombona. Pero, a pesar de todo, el hombre y el escritor nos interesan. Aunque no pueda con sus estridencias y demostraciones de fuerza más o menos espectaculares llegar a conmover nuestra sensibilidad admiramos la pasión que pone en sus amores y en sus odios, pasión que sería un instrumento maravilloso si la viéramos al servicio de algo más alto que la inmoderada idea de sí mismo que consume trágicamente la existencia frenética de este escritor.—Roberto Meza Fuentes.

LETRAS FRANCESAS Y PAROLES ARGENTINES, por *Juan Pablo Echagüe*.

El último viaje a Francia de Juan Pablo Echagüe ha sido fecundo. Es un argentino que siente la emoción de la latinidad y que mira hacia París con devoción casi mística. Y al mismo tiempo siente la pasión de su tierra y de su Buenos Aires que es para él la segunda capital latina.

